



INTRODUCCIÓN

I

REGALO de mi alma, entretenimiento de mi vida, rico joyel del habla castellana; hermosa y gentil producción de lo más florido del ingenio del hombre, escrita durante largos años, cuando la fortuna maltrataba á su autor, y sin que por eso le abandonase ni un punto el arrobo mental que guiaba su pluma; el *Quijote*, la novela por excelencia, ocupa lugar tan preeminente en los cielos de la gloria literaria, que si no existiese la *Biblia*, en la que se narran con pluma de oro la brillante historia de la Divinidad y las tremendas catástrofes de las naciones, sólo se verían junto á él, allá en lo más alto, rodeadas de esplendente luz y en competencia de honor, la *Iliada*, la grande *Iliada* de Homero, y la *Divina Comedia*, del Dante.

Porque, y ello es cierto, no suben á tan alta cumbre, ni son agasajados por la fama universal, sino esos héroes de la literatura, esos libros en cuyas sublimes páginas corre á borbotones, si vale decirlo así, la sangre, no ya de este ó de aquel pueblo, sino sangre de la humanidad entera.

No por otra razón, lo que enamora, lo que pone en gran predicamento á la primera entre las obras de imaginación, es que en ella luce, perfumándola y llenándola de magnificencia, una significación *altamente humana*, pues que su autor, conteniéndose y ce-

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1425 MONTERREY, MEXICO

010276

rrándose, al parecer, en los estrechos límites que le ofrecía la historia de D. Quijote, que para otro fuera seca y descolorida, *trató, con habilidad, suficiencia y entendimiento, de todo el Universo* (1), y llevó, al compás que la voz de su siglo, la de los venideros, con la cual industria le fué dado alcanzar la dicha, á muy pocos concedida, de hacer sentir y pensar, al través del tiempo y la distancia, lo que él pensaba y sentía; de arrancar lágrimas y aplausos en todas las edades, obligándonos á vivir la vida de su espíritu, y forzándonos á decir á cada nueva lectura de su prodigioso libro: « En verdad, en verdad, los sucesos que aquí se narran me tocan de cerca; y siendo cierto, como lo es, que todos los hombres nacemos hermanos, debo, de hoy en más, tener á D. Quijote como objeto de amor y respetuosa compasión, no que de burla y de escarnio, como torpemente presume la gente de condición apicarada y maleante. »

Algo, pues, de maravilloso debe de haber en esa obra cuando tantas simpatías se ha conquistado, cuando tantos elogios se atrae y se atrajo en las pasadas centurias.

Lo hay, desde la corteza, desde lo más externo de la forma, hasta el fondo, hasta lo más escondido del pensamiento, tanto, que sólo él se yergue majestuoso entre los contados libros que han logrado subir á las más altas cimas de la gloria.

Escrito al principio entre los hierros de una cárcel, continuado en el ligero vagar que dejaban á su autor sagradas atenciones de familia, y concluido precipitadamente entre el recrudecimiento de antigua enfermedad y el disgusto de tan brutal atentado como el de Avellaneda; el *Quijote*, con todo y haberse escrito bajo tan fatales auspicios, digámoslo así, hizo concebir desde luego la esperanza del perpetuo y universal aplauso que con el tiempo se había de ganar, pudiéndose poner ya en su misma cuna, en boca de Amadís y en alabanza del héroe:

« Vive seguro de que eternamente,
En tanto al menos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor, al mundo único y solo. »

(1) Parte II, cap. 44.

Este delicioso presentimiento de inmortalidad dió á Cervantes, más que la satisfacción, la gloria, por muy pocos alcanzada, de que viese realizado en vida el dulce ensueño de su fama póstuma.

El coro de alabanzas que há tres centurias resuena en su honor y en elogio de la más celebrada de sus producciones, aumentado hoy con los millares de voces que se alzan en todas partes, constituye el *hosanna* más excelso que en honra y loor del genio han entonado los siglos.

Cierto, yo he visto en la historia cómo siete ciudades de Grecia se disputaban la honra de que en su seno hubiese nacido el primero de los hijos de Apolo. Aun resuena en los oídos de sus admiradores, y, en verdad, resonará en los de toda persona culta,

« Mientras rueden las ondas de los ríos
Y la copa del árbol reflorezca, »

el brillante encomio que de él hicieron los críticos, los sabios de las pasadas edades. Es el *poeta*, como por antonomasia le llama Justiniano en la *Instituta*; el *divino Homero*, como, poseído del mayor entusiasmo, le apellidaba Aristóteles; es el *padre* de la poesía (hay que repetirlo), *Homero*, ante cuyo nombre (¡ tan gallardas son sus creaciones!) nos descubrimos todos, como se descubrían los ancianos de Troya al paso de Elena, parecida á una diosa en lo arrogante, singular y deslumbrador de su incomparable belleza.

Esto declarado, ¿ será lícito preguntar, sin menoscabo del debido acatamiento, qué héroes (en la relación de universalidad artística) son más conocidos y populares entre los millones de hombres que pueblan actualmente la tierra? ¿ Lo son, por ventura, los capitanes griegos y troyanos, famosos por tantas batallas, justamente celebradas en la magnífica epopeya del ciego de Esmirna, ó aquel pobre hidalgo de la Mancha y su inseparable escudero, inmortalizados por Cervantes en esotra epopeya que se llama el *Don Quijote*?

En paz sea dicho: ¿ cuándo se ha ensalzado á Homero y su *Iliada* como ensalzan al hijo de la antigua Compluto y á su imperecedera novela, ese canto de amor á la belleza, verdad y justicia? Los que nacieron allende los mares y del lado de allá de los Pirineos, de los Alpes, del Rhin, y de fronteras más lejanas aún, forman con sus

alabanzas un coro tan magnífico y arrebatador cual no le han visto jamás ni la historia ni la ficción.

Colocado entre una literatura que muere y otra que nace, clásico, romántico y naturalista, en el sentido más noble de las dos últimas palabras, comenzó siendo un libro de circunstancias, un libro para los españoles; y ahora, cuando han pasado tres siglos, que en su prodigiosa vida son tres momentos, se ha convertido (hasta sus mismos censores lo reconocen) en un libro cosmopolita, en un libro para los hombres de todos los tiempos y países; libro

« De juventud tan fresca y tan lozana,
Que vivirá cuanto en la edad futura
Viva la hermosa lengua castellana. »

Sin duda, por eso, al llegar el tercer centenario de su brillante aparición en el mundo, apercíbense, no ya España y sus hijas las Repúblicas americanas, sino cuantos admiradores tiene la belleza, á rendir al autor de tan portentosa obra un homenaje que venza en duración, esplendor y magnificencia á los *honores del triunfo* con que la antigüedad enaltecía, de tiempo en tiempo, á sus más ilustres capitanes. Por esto, al pie de la colosal estatua que nos imaginamos levanta al inmortal novelista la cultura de todos los pueblos, muy bien pudiera grabarse, en prenda de universal homenaje, esta sencilla leyenda:

Á CERVANTES, HONRA Y GALA DEL INGENIO HUMANO.

En el mismo pedestal, al lado opuesto, y como orla del *Quijote* allí esculpido, debieran leerse estas palabras:

EN LENGUAJE Y ESTILO, ÚNICO.

Pues, él solo, ha merecido que á la muy rica y gallarda lengua de Castilla se le dé, cuando se hace alarde de hablar con novedad y elegancia, el claro y dulce nombre de *Lengua de Cervantes*. Y con justo fundamento, porque ningún otro de nuestros más eximios escritores puede ostentar en su escudo tan merecida leyenda; ninguno, hemos dicho (sin excluir al gran Lope, cuya total y admirable labor

no entra aquí en competencia) acertó á encerrar en igual número de páginas conceptos más bellos, delicados y peregrinos, mayor riqueza de vocablos, mayor caudal de significaciones en cada uno de ellos, ni conjunto más gallardo de frases, populares éstas, hermosas y de sorprendente novedad aquéllas, graciosas y elegantes por todo extremo esotras; sin que sean parte á menoscabar la belleza de tan brillante cuadro tal cual extranjerismo, quién sabe si puesto allí por donosura, y cuantas imperfecciones encuentra en él la mezuina crítica de mal avisados y descontentadizos gramáticos.

Mas, para prevenir la objeción que algunos suelen hacer, conviene que, en nombre de la imparcialidad, se diga resueltamente:

No será el Príncipe de los novelistas un escritor *académico* á lo Fr. Luis de León, ni gramático á la manera de Quevedo, ni *estilista* al modo de Solís: en su *Don Quijote*, las reglas gramaticales sufrirán, por ventura, tal cual excepción. Ofendidas las preposiciones porque acaso quebrantó alguna vez sus fueros, podrían, ya que no ponerle pleito, pues otros también los quebrantaron, al menos motejarle por un si es ó no de descortesía; envalentonadas las conjunciones, singularmente la *y*, reclamarían sus derechos; el relativo *que*, las construcciones raras, los pleonasmos viciosos, el desacordado uso de los tiempos, la reunión de palabras que piden diferente régimen, las discordancias, por decirlo así, de las concordancias y someros resabios de culteranismo, quizá, si fueren ciertos tantos agravios, aumentarán el número de los descontentos; y, juntos unos y otros, quién sabe si contribuirían, no á justificar su rebelión, pero sí á que continuasen murmurando los que sólo atienden á mínimas partes; los que únicamente reparan en ápices; los que cifran toda la gala del bien decir en tan nimios pormenores, que el susodicho libro no es, en modo alguno, el ideal de la perfección en eso que llaman arte de escribir con pulidez y atildamiento.

Si en los panegíricos se descubren las virtudes y se echa tierra á los vicios, como dijo Márquez, ¿osará alguien sostener que sea un panegírico esta prefación, para hablar al modo de Cervantes, que voy haciendo?

Para elogiarle ¿se ha de comenzar ofendiendo á la verdad?

« Yo, — decía Longino, — he presentado no pocos yerros de Homero y de otros varones señalados; y no los he propuesto para complacerme en sus caídas, sino para indicarlos, no como defec-

tos voluntarios, sino como deslices cometidos por descuido y como por casualidad, originados por la grandeza del ingenio que ha arrebatado fuera de sí á los autores. Con todo, los yerros de estos grandes hombres se redimen las más de las veces con un solo pasaje sublime, ó con una sola belleza de sus escritos; y, lo que es más todavía, que si uno recoge todos los defectos que hay en Homero, en Demóstenes, en Platón y en otros altísimos ingenios, y los reúne todos, como en uno, hallará que son la mínima parte ó casi ninguna con respecto á las cosas lindísimas que han escrito estos padres de la literatura.»

Así también, acudiendo á la defensa, podría Cervantes continuar la cita diciendo: «Si los yerros no son acaso de mi tiempo ni de la gramática, por más que aun no andaba con paso firme, responderé, aunque sea rebajando el fin y blanco á que tira y se encamina este mi libro, que tan pequeños lunares se redimen con la concisión y gracioso donaire de una sola de mis elipsis: *El ventero, por verle ya fuera de la venta... le dejó ir á la buena hora. — La del alba sería, cuando D. Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo.*»

«Tengo para mí,—añadiría,—que el haberse granjeado fama duradera no pocas voces y giros, cuya belleza y esplendor todos celebran, es merced á la acogida que yo les hice. Si aun viven entre la gente académica; si las recuerdan y citan con no poca complacencia; si se oyen con el respeto debido á lo más sagrado de la antigüedad; si todavía andan en boca del pueblo frases que le enamoran por lo nuevo y castizo, gloria es que sólo á mí pertenece: únicamente yo he prolongado los días de su hermosa y veneranda vejez; sólo el aliento de mi buen donaire ha podido ser parte á que lleguen venturosamente hasta vosotros después de tan largo y peligroso viaje; pues, de no haber alcanzado esta dicha, allá se estarían como ruborizadas en libros que apenas lee hoy un centenar de españoles; allá se estarían sin que á nadie se le ocurriese preguntar qué se había hecho de ellas; allí se pudrirían por faltarles la comunicación y trato con los hombres, sin lo cual perece la vida de las palabras.

Si se anda á decir verdades, holgaríame yo mucho de que no se les hubiese olvidado, á estos reprochadores míos, dar cuenta del des-

enfado que encierra aquella plegaria del buen escudero: *Señor, quienquiera que seáis*; esotra linda expresión: *Cogíble la razón de la boca*, que representa al vivo la acción de quien continúa el discurso que otro ha comenzado; aquel *que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora*; ni la gracia que con mi humorística variante, según frase vuestra, recibió el celebrado romance: *Ya me comen, ya me comen — Por do más pecado había*, que hago decir al famoso rey D. Rodrigo. Míos son, pues yo los inventé, el *Se gallardeó en su silla*, pintando á D. Quijote en ademán caballeresco ante muy alta y hermosa señora; el enfático concluir, con no menos maliciosa que ponderativa reticencia: *Y no digo más...*; que, junto con lo de *El poeta consumado y consumido, Peor es menallo* y mil dichos más, que ahora me guardo, son otras tantas gracias que, por sí solas, bastan para hacer asomar la risa á los labios del más grave y ceñudo de los lectores.

¿Quién habría trabado amistad con las candorosas jóvenes de aquella venturosa edad de oro si yo no hubiese dicho, en frase que vosotros llamáis escultural, que entonces las doncellas andaban solas y señeras, sin temor á la ajena desenvoltura?

Nada empece para mi gloria que el maleante *hijo de p...* lo usaran antes que yo Valdés y otros muchos; que Aldonza Lorenzo se lea en escrituras del siglo XIII; que el *buscar pan de trastrigo* aparezca en poetas anteriores á mi centuria; ni que la frase comparando á los malos traductores con los tapices flamencos vueltos del revés sea original de un tal Zapata; porque á todo esto he de responderos, ya que de ello me habéis enterado, que cuanto tocó mi pluma se ha hecho inmortal, como dice el mejor de vuestros críticos. Á tan portentoso talismán, á tal prodigio, débese el que estén como esculpidas en la memoria de todos estas y aquellas palabras, estas y aquellas frases; y todavía estoy tentado á defender que el lenguaje y estilo de esta hija, la más hermosa de mi entendimiento, se engrandece y levanta, más por la sencillez de su belleza que por su pompa, sobre los de todos los libros que contribuyeron á «extender la majestad del lenguaje español hasta las últimas provincias donde penetraron victoriosamente las banderas de nuestros ejércitos», como, arrebatado del mayor entusiasmo, decía Francisco de Medina.»